

CAPITULO VI.

FLANDES.

ORIGEN Y CAUSAS DE LA REBELION.

De 1559 á 1567.

Conducta de Felipe II. en los Países Bajos.—Causas del disgusto de los flamencos.—El carácter del rey.—Su preferencia hacia los españoles.—La creacion de nuevos obispados.—La Inquisición.—Los edictos imperiales.—La permanencia de las tropas españolas.—La primanza de Granvela.—La ambicion y el resentimiento de los nobles.—Quejas contra Granvela.—Odio que le tenían los flamencos.—Primeros síntomas de sedición.—Teson del rey en proteger al cardenal.—Comportamiento de la duquesa de Parma, regente.—Primera venida de Montigny á España.—Resultado de su mision.—Planes de rebelion en Flandes.—Petición al rey contra Granvela.—Dilaciones de Felipe en proveer á lo de Flandes.—Consulta al duque de Alba, y su respuesta.—Sale Granvela de los Países Bajos: alegría de los nobles y del pueblo.—Rigor inquisitorial: oposicion del país: disturbios.—Resistense á recibir los decretos del concilio de Trento: insistencia del rey.—Venida de Egmont á Madrid.—Respuesta que lleva del monarca.—Disposiciones de Felipe II. contra las instrucciones dadas á Egmont.—Resistencia de los flamencos á admitir la Inquisición y los edictos.—Tenacidad del rey.—Conflictos de la princesa regente.—Confederacion de los nobles contra la Inquisición.—El compromiso de Breda.—Petición de los confederados á la gobernadora.—Respuesta de la princesa.—Notable distintivo de los coligados.—Segunda venida de Montigny á España.—Entretiénele el

rey sin responder á su comision.—Situacion crítica de Flandes.—Doble y artera política del rey.—Estalla la revolucion religiosa en los Países Bajos.—Tumultos: profanacion, saqueo y destruccion de templos.—Luchas sangrientas entre católicos y hereges.—El principe de Orange, y los condes de Egmont, Horn, Aremborg, Mansfeld, Berghes y otros.—Nuevos disturbios y desmanes.—Apremiantes reclamaciones de la princesa regente al rey, y respuestas dilatorias y ambiguas de Felipe.—Grandes dimensiones que va tomando la revolucion.—El rey ofrece ir á Flandes.—Planes de los confederados.—Determina Felipe II. subyugarlos con las armas.—Nombra al duque de Alba general del ejército que ha de enviar á Flandes.

Vamos á tratar con todo el desapasionamiento, con toda la severa imparcialidad de que el magisterio histórico debe estar siempre revestido, de la famosa rebelion y levantamiento de los Países Bajos, que comenzó en los primeros años del reinado de Felipe II., de las largas, porfiadas y sangrientas guerras que le siguieron, que asolaron y devastaron aquel desgraciado país, que convirtieron sus ricas ciudades en lastimosas ruinas, sus bellos campos en vasto cementerio de hombres, que consumieron á España sus hijos, su sangre y sus tesoros, que asombraron al mundo por su valor, la constancia y el teson de que es capaz un pueblo que se levanta en defensa de sus antiguas leyes y de la libertad de que se intenta despojarle. Diremos solamente en este capitulo lo que por la parte de Flandes acontecia en este período y durante el tiempo que hemos visto á Felipe II. ocupado en los asuntos interiores de España, en el castigo de los lu-

teranos españoles, en las solemnidades de su tercer matrimonio, en las empresas navales de la costa de Africa, en el socorro de Malta, en la intervencion en los disturbios religiosos de Francia, y en los grandes negocios y deliberaciones del concilio de Trento.

Cuando Felipe II. partió de los Países Bajos para volver á España (setiembre, 1559), pareció haber olvidado (y atiéndanlo bien los que nieguen la elocuente y provechosa enseñanza de los ejemplos históricos), pareció, decimos, haber olvidado lo que cuarenta y dos años antes habia acontecido en España cuando su padre Carlos partió de este reino para el imperio alemán. Circundado de flamencos habia venido Carlos de Flandes; flamencos y no españoles eran los que constituian su consejo; flamenco hablaba él y no español; á flamencos y no á españoles dió los primeros empleos y las mas altas dignidades eclesiásticas de Castilla; tropas flamencas habia traído consigo; á Flandes iba el dinero de España; sin ningun acatamiento habia mirado las leyes, las antiguas costumbres y libertades españolas; sin consideracion habia alterado el orden y lugar de celebrar Cortes; un regente flamenco habia dejado á su partida de Castilla; y apenas abandonó las playas españolas, el pundonor nacional resentido estalló en las alteraciones y revueltas que en otro lugar hemos contado, y que estuvieron á punto de costarle las coronas de estos reinos: él tuvo la fortuna y el reino la desgracia de aho-

gar en sangre aquel movimiento popular, pereciendo en patibulos los defensores mas exaltados de las libertades castellanas.

En muy semejantes circunstancias á las de Carlos al salir de Castilla se habia hallado su hijo Felipe al dejar á Flandes. Su conducta tuvo muchos puntos de parecido, y las consecuencias fueron no menos desastrosas. Nunca habia agradado á los flamencos el carácter taciturno y tétrico de Felipe II.; disgustábales que ni hablara su lengua, ni mostrara deseos de aprenderla y hablarla: ofendíales que sus consejeros fueran todos españoles, españolas sus costumbres y españoles todos los hombres de su privanza. Aquel apego y cariño de Felipe á las cosas de España, cualidad sin duda muy recomendable para los españoles, era capital defecto para los flamencos; achaque de quien abarca bajo su dominacion reinos y estados de hábitos y costumbres diferentes, sin genio para acomodarse á las de cada uno de ellos. Y tanto menos soportable se les hacia á los de Flandes el desdeñoso y desabrido trato que recibian de Felipe, cuanto que estaban acostumbrados á cierta preferencia con que los habia mirado siempre el emperador, como nacido y criado entre ellos, al genio expansivo de Carlos, y á aquella política acomodaticia que la necesidad le habia enseñado, y con que procuraba hacerse alemán con los alemanes, italiano con los italianos y flamenco con los flamencos.

Sin embargo, esta falta de simpatías entre el rey y sus súbditos de Flandes no habría sido por sí sola suficiente para producir los gravísimos disturbios que después hubo que lamentar, si Felipe hubiera sido más político con ellos, si los flamencos no se hubieran creído lastimados en la parte más viva y más sensible, que tal era para ellos la conservación de sus antiguos privilegios y de su libertad. Pero aquellas diez y siete ricas, fértiles, industriosas y pobladísimas provincias, en que se contaban más de trescientas cincuenta ciudades, la mayor parte muradas, con innumerables castillos, gozaban desde muy antiguo de muy apreciables franquicias, y regíanse casi libremente en su gobierno interior, y sus valerosos naturales eran en esto tan celosos, que, como dice un apreciable historiador, «en defender la libertad se calientan más de lo que basta, porque se precian de preferirla á todo lo demás, pasando tal vez por esta causa á tomarse más licencia de la que permiten los fueros de la libertad (1).» Felipe II., menos atento de lo que debiera al carácter de aquellas gentes, frías en lo demás pero en esto fogosas sobremanera, comenzó á cercenarles sus privilegios y quebrantarlos. La erección de catorce nuevos obispados, sobre los cuatro que en los estados de Flandes había antes solamente, fué recibida como una infracción escandalo-

(1) Estrada, Guerras de Flandes, Década 1. lib. I.

sa de los privilegios bravantinos. Los abades, á quienes los obispos reemplazaban, vieron rebajada su antigua representación y su influencia en el país. Los monges se quejaban de verse privados del derecho y costumbre inmemorial de nombrar sus abades, y de sujetarse á superiores que no entendían de la disciplina regular. Los nobles se alarmaron al considerar el influjo que los obispos iban á ejercer en las Cortes ó Estados generales, como puestos por el rey y adictos al papa, y comprendieron cuánto iba á perder la antigua autoridad de la nobleza; y el pueblo vió con recelo el poder que se daba al brazo eclesiástico.

Otro motivo concitó todavía más los ánimos de los flamencos, á saber, el empeño de Felipe II. de establecer en los Países Bajos la Inquisición de España, y la renovación de los terribles edictos de Carlos V. contra los hereges. Detestaban los flamencos la Inquisición, tanto ó más que habían mostrado aborrecerla los de Nápoles. Y al odio con que ya miraban el adusto tribunal se agregaba la circunstancia de ser muchos los que temían sufrir sus rigores, porque con el trato y comunicacion y el continuo roce que por el comercio y las guerras habían tenido y tenían con los alemanes, habían cundido y difundido por los Países Bajos los errores de Lutero y de Zuinglio, y eran muchos los que se hallaban contaminados de heregía.

Fué otra de las causas del descontento de los fla-

mencos la privanza de que gozaba con el rey el obispo de Arras, despues cardenal Granvela, y la poderosa intervencion é influjo que por espreso encargo y recomendacion de Felipe ejercia aquél en el consejo privado de la duquesa de Parma, gobernadora de aquellos estados, señora por otra parte de grande ánimo y espíritu, prudente, hábil y piadosa en extremo (1). El valimiento de Granvela, á quien suponian como el oráculo del rey y la gobernadora, se hacía insoportable á los próceres flamencos, que le profesaban odio, mas ó menos ea razon fundado, y bastaba en los consejos que Granvela fuese de un dictámen, para que ellos disintieran y votaran lo contrario, y era lo peor para ellos y lo que mas les irritaba que el parecer de Granvela prevalecia siempre sobre los de todos.

Habia tambien mucha parte de ambicion en los nobles. Orgullosos con haber tenido tan principal parte en los triunfos de Felipe II. contra los franceses en San Quintín y en Gravelines, aquellos á quienes el rey á su partida no habia dejado el gobierno de alguna provincia ó ciudad, se mostraban altamen-

(1) Un dia la duquesa rasgó por su mano en pleno consejo el memorial de uno que habia ofrecido cierta suma por el destino que pretendia, y declaró que haria lo mismo en lo sucesivo con todos los que se valieran de semejantes medios. Estos y otros parecidos rasgos de justificacion captaban á la gobernadora el respeto y estimacion de nobles y pueblo.—Carta de Tomás Armenteros, secretario particular de la princesa, á Gonzalo Perez; Bruselas, 4 de octubre, 1559.—Archivo de Simaucas, Estado, leg. núm. 518.

te resentidos y quejosos, y los que los obtenian, aun no se consideraban debidamente remunerados. Entre estos era el principal Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, el mas ilustre y el mas poderoso de aquellos magnates, general en jefe de todo el ejército en tiempo de Carlos V., siempre muy favorecido y considerado del emperador, que le fiaba los cargos mas delicados y las embajadas mas importantes; el mismo Felipe le habia confiado el tratado de paz con Francia, y era hombre que gozaba de gran prestigio en el pais. Y como el de Orange habia aspirado á quedarse con el gobierno universal de Flandes, que se dió á la princesa Margarita, consideróse desairado, no obstante haberle sido conferido el mando de las mejores provincias, y desde luego se le vió dispuesto á acaudillar á los descontentos. Y en verdad que pocos jefes de revolucion podria haber mas temibles, porque ademas de su ventajosa posicion, era maravillosamente diestro en ganar voluntades y le favorecian mucho su genio y sus naturales dotes.

Dábase el pueblo por ofendido de la permanencia de las tropas españolas en Flandes mas tiempo de lo que habia ofrecido el rey. La prudente gobernadora, conociendo el disgusto popular y temiendo sus consecuencias, preparó el embarque de los españoles, á cuyo fin los envió al puerto de Flesinga en Zelanda. Mas al tiempo de verificarse la partida, llegaron cartas del rey mandando que se suspendiese el embar-

que hasta nueva orden. Culpábase de esta determinación á Granvela, que en sus cartas al rey le representaba la necesidad de tener allí las tropas para contener los conatos de sedición del pueblo y de la nobleza. De todos modos la orden del rey ponía en un conflicto á la princesa gobernadora; pues por una parte era tal la indignación y el encono de los zelandeses contra las tropas españolas, que no querían poner mano en las obras de los diques, diciendo en su desesperación que consentían esponerse á que los tragáran á todos las olas del mar si no habían de verse libres del yugo de soldados extranjeros. Por otra parte la retirada de las tropas de Zelanda ofrecía no pequeñas dificultades y riesgos. Invernarse en una sola ciudad era una carga insoportable para la población, cualquiera que fuese; dividir las era esponerías á los ultrages de los pueblos; y á mayor abundamiento las provincias habían protestado, que no solo no darían un florin para el sostenimiento de los españoles, sino ni para la milicia misma del país, mientras no le evacuasen los extranjeros. Todo esto lo espuso la princesa Margarita al rey en términos tan enérgicos y fuertes, que Felipe se resolvió, aunque de mal grado, á dar orden para que los tercios de Flandes fuesen enviados á Nápoles y á Sicilia, donde vendría bien este socorro, ocupados los napolitanos en la empresa de los Gelbes. Salieron, pues, los españoles de Flandes en el rigor del invierno (de 1560

á 1561) con gran contento y regocijo de todos los flamencos⁽¹⁾.

Aquella alegría se conturbó no poco con la nueva que llegó de haber sido investido Granvela por el pontífice Pio IV. con el capelo de cardenal. El rey le felicitó en carta de su puño (17 de marzo, 1561), manifestándole el júbilo que le había causado «su merecida promoción,» y diciéndole al propio tiempo que había pedido á S. S. le dispensara la asistencia al concilio de Trento⁽²⁾. Pero estas singulares distinciones que Granvela recibía del pontífice y del rey de España no hacían sino enorgullecer mas al prelado y añadir quilates á la enemiga con que le miraban los próceres flamencos. Tanto, que los dos mas principales, el príncipe de Orange y el conde de Egmont, se decidieron á escribir al rey (25 de julio, 1561), recordándole que cuando á su partida los dejó nombrados gobernadores de provincias y consejeros de Estado, les prometió que todos los negocios de importancia se resolverían en Consejo, en cuya confianza aceptaron: mas como quiera que despues habían visto que los negocios que se llevaban al Consejo eran los mas fútiles, y que los de grave interés se deliberaban sin su conocimiento por una ó dos solas perso-

(1) Cartas de Granvela á Gonzalo Perez, Bruselas, 31 de octubre de 1560, y 24 de enero de 1561.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 620.—Estrada, Guerras de Flandes, Década I. lib. III.

(2) Biblioteca de Besanzon, Papeles de Estado del cardenal Granvela.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 520.

nas, y como hubiesen oído á Granvela que todos los consejeros serian igualmente responsables de los acontecimientos que pudiesen sobrevenir, pedian á S. M. ó que se les admitiera la dimision que de sus cargos hacian, ó que ordenara que en lo sucesivo todos los asuntos se trataran y resolvieran en pleno Consejo. De la gobernadora no se quejaban, antes se mostraban muy satisfechos de ella (1).

Contestóles el rey que agradecia su celo por el buen servicio (29 de setiembre); que el conde de Horn, que á la sazón se hallaba en España y partiria pronto para Flandes, les llevaria la respuesta sobre el objeto de sus quejas; que entretanto les recomendaba la buena administracion de sus provincias, que veláran por el mantenimiento de la religion y por el castigo de los hereges. En efecto, á poco tiempo volvió allá el conde de Horn, portador de la resolucion del rey (15 de octubre), escrita de su mano, prometiendo que los negocios se tratarian en lo sucesivo de otra manera y como ellos deseaban; añadiendo el secretario Eraso que nada harian que fuese tan agradable al rey como el celo que desplegaran tocante á la fé y á la religion. Pero llegó esta carta precisamente cuando el príncipe de Orange habia ido á celebrar sus bodas con una hija del difunto Mauricio de

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 524.—La carta estaba escrita de mano del príncipe.—Ademas el de Egmont escribió otras en el propio sentido al secretario Eraso (15 de agosto).

Sajonia, educada en la doctrina luterana, bien que protestando á la gobernadora que esto no le haria variar de religion ni dejar el catolicismo; y cuando Granvela se disponia á tomar posesion del arzobispado de Malinas, que tambien le habia sido conferido (1). Elementos todos que iban añadiendo leña al fuego de las rivalidades y de las discordias religiosas que no habia de tardar en estallar.

En este tiempo ardian ya en Francia las sangrientas guerras y sucedian las terribles matanzas entre católicos y hugonotes, de que en otro capítulo hemos hablado. Y Felipe II., que habia dado auxilios de tropas á los católicos franceses, mandó tambien á la gobernadora de Flandes que enviara en socorro de los mismos toda la caballería flamenca. Opusieronse á esto los nobles con tal energia y obstinacion, so pretexto de que si ellos favorecian á los católicos de Francia los protestantes alemanes volverian las armas contra sus propios estados, que no habia manera de hacer salir la caballería de Flandes sin riesgo de un levantamiento. En tal conflicto la prudente Margarita discurrió un arbitrio para no dar ocasion á disturbios interiores y no dejar sin ejecucion la orden del rey, que fué recoger y enviar dinero á la reina de Francia, lo cual sabia que habia de agrada-la tanto como los soldados, y de ello dió aviso á su hermano

(1) Carta del cardenal Granvela, de Bruselas, 10 de diciembre de 1561.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 522.

el monarca español (1562), esperando que le habrían de satisfacer las razones que la habían movido á obrar así.

Trabajábase en tanto en Flandes por poner cuantos entorpecimientos se podía á la provision de los nuevos obispados erigidos por el rey, á los cuales se consideraba como precursores de la Inquisicion; y como se atribuía todo al consejo y sugeriones de Granvela, lejos de irse templando el ódio que contra él había, era cada vez objeto de mayor encono: publicábanse pasquines y libelos, se esparcían calumnias, se hacía correr la voz de que quería la destruccion de Flandes, de que había dicho al rey que mientras no hiciera cortar media docena ó mas de cabezas de los principales personajes, nunca llegaría á dominar el país; de que mantenía correspondencia con los Guisardos de Francia, y de que existía una liga secreta de que él era el alma y el promovedor. De todo esto daba el cardenal amargas quejas al rey, protestando que la causa de aquella enemiga y de todos sus sinsabores no era otra que su empeño en sostener la autoridad real: que el verdadero motivo de la oposicion de los nobles á la creacion de los obispados, era que querían ellos manejarlo y mandarlo todo; que ellos eran los que se entendían con los hereges franceses y alemanes, en prueba de lo cual habían enviado á consultar con los de París al doctor Dumoulin, mas herege que el mismo Lutero; ponderaba la mala dispo-

sicion de los ánimos; denunciaba las confederaciones y planes que se fraguaban, y en todas sus cartas insistía en la necesidad de que fuese allá el rey, como único remedio para reprimir las conjuraciones y acallar y sosegar los espíritus, pues de otro modo pronosticaba que ni la prudencia y esfuerzos de la princesa regente ni menos los suyos bastarian á evitar un rompimiento.

Felipe II., en vez de adoptar uno de dos medios, ó de variar de sistema ó de obrar con mas energía, se contentaba con escribir, y eso de tarde en tarde, á la gobernadora y al cardenal, asegurando que no había motivo ni razon para calumniar así á Granvela, ni para aborrecerle de aquella manera y perseguirle; que no era cierto que él le hubiera aconsejado la ereccion de obispados ni el establecimiento de la Inquisicion, ni menos lo de cortar la media docena de cabezas. «*aunque quizá no seria malo hacello,*» añadía (1); que reconocía la conveniencia y aun la necesidad de ir en persona á los Países Bajos, pero que no le era posible por la falta absoluta de dinero, «*pues no podeis pensar,* decia, *hasta qué punto me hallo exhausto de numerario.*» Y entretanto el espíritu público iba empeorando en Flandes; crecía el odio contra Granvela; el de Orange y los suyos se corres-

(1) Carta del rey á la duquesa de Parma, de 1562.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 525.

pondian con la reina de Inglaterra y se empeñaban en asistir á la dieta alemana de Francfort contra la voluntad de la gobernadora: ésta se negaba ya á convocar los Estados generales de Flandes, cuya congregacion aquellos pedian; el cardenal rogaba «*por amor de Dios*» al rey que fuese, porque si el pueblo se sublevaba todo era perdido; y el modo que tuvo Felipe de congraciarse á la princesa regente que tanto sufría por sostener su autoridad fué negarle el castillo de Plasencia, que le había pedido devolviese á su marido el duque de Parma; negativa que llenó de afliccion á la duquesa, que la hizo verter muchas lágrimas, prorumpir en amarguísimas quejas contra el rey, y la puso á punto de hacer renuncia del gobierno, que hubiera sido una fatalidad, pero también una merecida lección para el monarca ⁽¹⁾.

La situación de Flandes se iba haciendo crítica, y se acordó enviar á España al señor de Montigny para que informase al rey del estado alarmante del país, y de sus verdaderas causas. El mismo Felipe le instó á que se las manifestara con franqueza, y el magnate flamenco le señaló las tres principales, á saber: Primera: la eleccion de nuevos obispados sin consejo ni intervencion de los naturales del país. Segunda: el rumor de que se intentaba establecer en

(1) Correspondencia de la gobernadora y de Granvela con Felipe II., setiembre y octubre de 1562.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 521 y 522.

las provincias la Inquisicion á estilo de España. Tercera: el odio general con que era mirado el cardenal Granvela, no solamente por los nobles, sino por todo el pueblo, odio tan profundo, que era muy de temer produjera una sublevacion. El rey contestó á estos cargos diciendo: que el odio á Granvela era infundado é injusto, porque él no había tenido parte alguna en las medidas de que los flamencos se quejaban; que la creacion de obispados no tenía mas objeto que proveer á las necesidades religiosas de las provincias, y que nunca había entrado en su pensamiento establecer en Flandes la Inquisicion de España (diciembre, 1562). El efecto que produjo en los Países Bajos el conocimiento de estas respuestas, ya transmitidas por el rey á la gobernadora y al cardenal, y publicadas por Montigny á su regreso, con ansia deseado, fué del todo contrario al que Felipe II. se había propuesto. Los ánimos se enconaron mas; las cosas fueron á peor; sin rebozo se fraguaban ya planes y confederaciones contra el cardenal y los llamados cardenalistas, por el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn, el marqués de Berghes, y otros magnates y barones; hasta el mismo Montigny, calificando de abuso la pena de muerte por delitos en materia de religion, que se le mandaba aplicar á los turbulentos hereges de Valenciennes y de Tournay, se unia á los próceres conspiradores. Tal era ya la inquietud de la princesa y del cardenal, que aque-

lla se empeñaba en resignar el gobierno, y éste proponía venirse á Madrid.

¿Qué medidas tomaba para conjurar tan inminente tormenta Felipe II.? Instar á la duquesa de Parma á que continuára al frente del gobierno; decir á Granvela que no viniese, que allí podría hacerle mejor servicio, que se mantuviera firme, y no renunciára el arzobispado de Malinas, y aconsejar á la una y al otro que procuráran introducir la desunion y la discordia. El rey no creía ni podía persuadirse de que las cosas pudieran llegar al punto que allá temían, y de que diariamente le avisaban (1).

No obstante los manejos empleados para dividir á los enemigos de Granvela, y que produjeron la desercion del conde de Aremberg y de algunos otros, los demas continuaron sus trabajos, resolviéndose, antes de apelar á otros extremos, á pedir al rey abier-

(1) Para evitar la multiplicacion de citas advertimos á nuestros lectores, que escribimos los sucesos de Flandes teniendo á la vista una inmensa correspondencia oficial y privada, casi diaria, entre todos los personajes, así flamencos como españoles, incluso el rey y los secretarios de los gobiernos de allá y de acá, que figuraron en aquellos ruidosos acontecimientos. La correspondencia es copiosísima, y sobremanera abundantes los documentos auténticos que poseemos. Además de los muchos que por nosotros mismos hemos examinado en el archivo de Simancas, y de los tomos de documentos que se

publicaron en Amsterdam en 1729 para ilustrar la historia de las Guerras de Flandes del Padre Estrada, Mr. Gachard, archivero general de Bélgica, y miembro de la Academia Real de la Historia, ha dado á luz en 1848 y 1851 dos gruesos volúmenes en cuarto mayor de 650 páginas cada uno, con una reseña de cerca de 1,500 documentos relativos á los negocios de los Países Bajos, copiados por él de nuestro archivo de Simancas, donde por comision de su gobierno ha permanecido por espacio de cuatro ó cinco años. Todo esto tenemos á la vista para la noticia que vamos dando de aquellos acontecimientos.

tamente la separacion de Granvela, como lo hicieron el de Orange y los de Egmont y Horn, en carta que le dirigieron á 11 de marzo (1563), en la cual, entre otras cosas, le decían: «Cuando los hombres principales y los mas prudentes consideran la administracion de Flandes, claramente afirman que en el cardenal Granvela consiste la ruina de todo el gobierno; por lo cual se sienten tan altamente traspasados los ánimos de los flamencos, y con tan firme persuasion, que será imposible arrancarla de ellos, mientras él viviese entre nosotros. Pedimos, pues, humildes, por aquella lealtad que siempre habeis experimentado en nosotros.... que os sirvais de poner en consideracion cuánto importa atender al común dolor y quejas de los pueblos. Porque una y otra vez rogamos á V. M. sea servido de persuadirse á que jamás tendrán feliz suceso los negocios de las Provincias, si advierten los súbditos que el árbitro de ellos es un hombre á quien aborrecen..... Este ha sido el motivo por que los mas de los señores y gobernadores de estos estados, y de otros no pocos, han querido significaros estas cosas, para que se pueda obviar á tiempo la ruina que amenaza. Obviaréisla sin duda, señor, como esperamos; y ciertamente podrán mas con V. M. tantos méritos de vuestros flamencos y tantos ruegos por el bien público, que no la atencion á un particular, para que querais por solo él despreciar á tantos obedientísi-